

Incorporación y constitución del Ideal del yo: La posibilidad de un cuerpo

Incorporation and the constitution of Ego Ideal: the possibility of body

Por Nora María Bolis

RESUMEN

En el siguiente trabajo intentaremos mostrar un recorrido sobre el concepto de identificación primaria o primordial en Freud, y ciertas formulaciones de Lacan sobre el Ideal del yo en relación al cuerpo. Encontramos en nuestra lectura que el concepto de Ideal del Yo, tanto en Freud como en Lacan, nos permite articular la incorporación como operación fundante de la identificación primordial con la problemática del cuerpo.

La noción freudiana de incorporación, sus puntos oscuros y la lectura que realiza Lacan, articulando la identificación primordial con la posibilidad de que el cuerpo se constituya como tal, serán los hilos que conduzcan nuestra interrogación.

Palabras clave: Ideal del yo - Identificación primaria - Incorporación - Cuerpo - Voz

SUMMARY

In the following work we will try to show a way of interpretation about Freud's concept of the Primary Identification and Lacan's certain formulations on the Ego Ideal in relation to the body. We find in our reading that the concept of Ego Ideal, both in Freud and Lacan, allows us to articulate the incorporation as the fundamental operation of the Primary Identification with the problems of the body.

The Freudian notion of incorporation, its dark points and the reading that Lacan realizes, articulating the Primary Identification with the possibility that the body is constituted as such; they will be the threads that lead our interrogation.

Key words: Ego Ideal - Primary identification - Incorporation - Body - Voice

INTRODUCCIÓN

En el siguiente trabajo intentaremos mostrar un recorrido sobre el concepto de identificación primaria o primordial en Freud, y ciertas formulaciones de Lacan sobre el Ideal del yo en relación al cuerpo. Encontramos en nuestra lectura que el concepto de Ideal del Yo, tanto en Freud como en Lacan, nos permite articular la incorporación como operación fundante de la identificación primordial con la problemática del cuerpo.

Lacan en su lectura del texto “Introducción del narcisismo”, en *El Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*, en el apartado “La tópica de lo imaginario”, designa como identificación especular al acontecimiento inicial en la formación del yo, y pone en relación de un modo estructural al narcisismo primario y secundario definidos por Freud. Así diferencia y ordena en función de los registros imaginario y simbólico, las instancias del yo ideal y del Ideal del yo.

Es justamente la instancia del Ideal del Yo, la que nos conduce en este recorrido teórico de los conceptos de incorporación e identificación primordial y algunas especificaciones de Lacan referidas al estadio del espejo y en este movimiento a pensar la posibilidad de conformación de un cuerpo.

Por otro lado, tomamos como referencias principal para nuestra lectura las afirmaciones de Lacan sobre la incorporación, en “El Seminario 12. Problemas cruciales del psicoanálisis”, sin dejar de anotar un señalamiento realizado en “El Seminario 9. La Identificación”, donde Lacan va a tocar, aunque muy acotadamente, el tema de la identificación primordial, y más específicamente el capítulo sobre las identifica-

ciones de *Psicología de las masas y análisis del yo*.

Nos detenemos en la aseveración de Lacan sobre la incorporación:

“...si se habla de incorporación, es porque debe producirse algo a nivel del cuerpo” (Lacan, 1962, p. 169).¹

Afirmación que nos interesa indagar, por las implicancias que pueda tener en el marco de este seminario dedicado al rasgo unario la articulación casi sin mediación, entre la incorporación como operación específica de la identificación primordial y el cuerpo.

La posibilidad de un cuerpo

En “El Seminario. Problemas cruciales del psicoanálisis” (1964 -1965) Lacan resalta el carácter enigmático de la identificación primordial en el texto *Psicología de las masas y análisis del yo* y su dimensión mítica en la opacidad de la operación que la define, la incorporación. Encontramos aquí una primera relación entre Ideal del yo y cuerpo, a propósito de la incorporación:

“En el momento en que se trata de la referencia primordial, la más mítica se podría decir, y no nos equivocáramos al decir la más idealizante, en tanto es ella quien estructura la función del Ideal del yo, referencia primordial que se hace sobre la evocación de un cuerpo” (Lacan, 1965, p. 86)²

Pero... ¿qué es lo que se pone en juego del cuerpo en este momento mítico de la incorporación? Más adelante dice:

“...es el ser del otro, el que está aquí a consumir, que es asimilado bajo la forma por la cual se reduce el ser del cuerpo. Lo que se nutre en el cuerpo

de este ser se presenta como lo más inasible de él, lo que nos reenvía siempre a la esencia ausente del cuerpo” (Lacan, 1965, p. 86).

El soporte de esta incorporación es el cuerpo, el cuerpo como extensión. Entonces Lacan pone en relación términos utilizados por Freud en diversos momentos: la comida totémica, el ser del padre, la constitución del Ideal del yo, con el cuerpo. Esta relación del Ideal con el cuerpo, sólo podría articularse a partir del estadio del espejo, sin embargo Lacan ya la ubica en la identificación primaria. ¿Entonces a qué del cuerpo alude esta operación fundante?

En nuestra lectura tomaremos como referencia la conferencia de Jean Luc Nancy sobre “el alma” en Aristóteles. Su análisis sobre el cuerpo como “lo abierto” y las consecuencias que extrae de ello nos permiten inferir algunas articulaciones en Freud entre la identificación primordial como incorporación y los conceptos de afirmación primordial - *Bejahung*- y expulsión - *Ausstossung*- desarrollados en “La negación”. Conceptos re-trabajados por Lacan en la “Introducción” y la “Respuesta al comentario de J. Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud”, sobre dicho texto. Nancy trabaja la idea del cuerpo como lo abierto. Desarrolla la diferencia entre masa y cuerpo, a partir de la oposición entre lo cerrado y lo abierto. Lo que no es cuerpo, es lo cerrado, en el sentido de lo penetrado de sí, lo cerrado en sí y para sí. La masa como tal es impenetrable, no puede ser “tocada”. Es el punto, sin extensión ni exposición.

Lo que hace a un cuerpo ser cuerpo es

su posibilidad de ser tocado. Un cuerpo es extensión y es exposición, un cuerpo consiste en exponerse.

Nancy postula la necesidad de un discurso sobre el cuerpo que toque el cuerpo y que sea tocado por la interrupción de sentido que es el cuerpo. No se trataría de elaborar un discurso sobre el cuerpo que de sentido al cuerpo, al cuerpo como “objeto” de ese discurso. Lo abierto del cuerpo es el ser tocado por el discurso como lo incorpóreo.

“Para Aristóteles el alma es el cuerpo fuera de sí” (Nancy, 1994), el alma en la tradición filosófica es eso otro que el cuerpo es para sí mismo. Aristóteles al definir el alma como forma la está planteando como la diferencia de sí que hace el cuerpo, la diferencia del cuerpo con el cuerpo. Si hay un cuerpo hay una forma, no es una simple exterioridad. *Forma quiere decir que el cuerpo se articula en relación a otra cosa que él mismo.*

El alma como forma es la palanca para hacer oír, ese afuera del cuerpo para él mismo. El cuerpo se siente, y este sentir ya supone un desde fuera, una diferencia con lo sintiente.

Un cuerpo accede a él mismo como fuera, desde afuera. El cuerpo como lo dentro que se siente fuera. El sentir requiere una exterioridad inexorable:

“Es menester primero que yo esté en exterioridad para tocarme. Y lo que toco permanece en el afuera. Yo estoy expuesto a tocarme yo mismo” (Nancy, 1994, p. 154).

Entonces para que haya cuerpo no sólo cuenta el “hay” de la extensión, sino que ya está en juego la exposición, el darse a ver para otro. Un cuerpo no se

constituye como tal sin la mirada del Otro como referencia necesaria.

Desde esta perspectiva, la incorporación de un fuera de sí, para sí, será la condición necesaria y lógicamente anterior para poder verse en la imagen especular, como otro. Es condición pero no determina la alteridad inherente y velada de la imagen en el espejo. Esto nos lleva al concepto de Ideal de Yo, pero antes haremos un rodeo por la noción de incorporación en Freud, en el intento de pensar la identificación primordial como origen del Ideal del Yo.

Sobre la incorporación en Freud

Siguiendo a Freud en el artículo sobre “La negación”, en su construcción sobre la génesis de la función de atribución del juicio, establece la existencia de un yo placer originario que quiere introyectarse todo lo bueno y arrojar de sí todo lo malo. Para que se constituya ese yo placer originario es necesario un primer movimiento que involucra dos operaciones: la incorporación (en este texto no se diferencia el término del de introyección) y el rechazo o expulsión *-Ausstossung-*. No hay incorporación si algo no queda expulsado, si algo no se define como no-yo. Esa incorporación primera es la afirmación de algo *-Bejahung-* como perteneciente al yo, o más bien conformando esa primera realidad subjetiva, el yo placer originario, porque no puede pensarse un yo anterior que incorpore, sino que el origen del yo es la incorporación y expulsión primera.

Se trata de la producción primera de una realidad, en el sentido de que algo adviene a la simbolización primera y algo queda radicalmente excluido. Lacan en la “Respuesta al comentario de

J. Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud”, lo formula de este modo: “sea dejado ser”.

“Esta simbolización primera, *Bejahung*, incumbe a la relación del sujeto con el ser y no con el mundo” (Lacan, 1966, p. 367).

Podemos pensar el momento de la expulsión como coincidente con la identificación primordial entendida como conformación de un afuera, de una exterioridad originaria, por lo tanto exterioridad interna, constitutiva. ¿Se trataría de la misma operación?

La incorporación que se pone en juego en la identificación primordial como incorporación de un vacío que hace marca, puede conjeturarse como efecto de una expulsión necesariamente articulada a la afirmación primordial como marca de ese afuera que se conformó. Esto significa entender la Identificación primordial como incorporación que no asimila, efecto de una expulsión inaugural del espacio psíquico.

El juicio de existencia posterior lógicamente al juicio de atribución instauro la repetición que permitirá el recorte del objeto, como objeto perdido. El yo placer primordial prepara el advenimiento de lo que se subjetivará como pérdida, ya que implica la constitución de un afuera irreductible -lo real- que es condición necesaria para la representación.³

En “Pulsiones y sus destinos” Freud (1915) describe este proceso del siguiente modo; inicialmente hay un yo realidad en el que el yo es lo placentero y el mundo exterior lo indiferente. No se produjo aún el rechazo. Luego se produce una escisión donde el yo placer purificado, incorpora aquello del

mundo exterior que le resulta placentero, y separa un resto que le es ajeno. Del mismo modo produce un resto del yo expulsándolo, en tanto le resulta displacentero y es sentido como hostil. Lo externo, lo que es no-yo, es lo rechazado a partir de la experiencia de placer-displacer. Se trata de una incorporación y la producción de un resto y de una expulsión o rechazo, en el segundo caso, lo que queda como exterior no tendrá el carácter de lo ajeno, sino de lo hostil. En cierto modo, se trataría de dos especificidades diferentes para lo que queda delimitado como no-yo.

No es lo mismo la alteridad de lo ajeno, lo que el yo desconoce radicalmente, de aquello que el yo debe expulsar. La hostilidad supone la posibilidad de un retorno, mientras que lo ajeno podría permanecer como exterioridad radical, anterior a la posibilidad de un retorno.

Entonces, la idea de incorporación en Freud no se separa de la noción de expulsión, de producción en este tiempo primero de una exterioridad inasimilable al yo. Este yo originario, primero, no supone una anterioridad, ya que se constituye como tal a partir de esa primera operación de expulsión. En términos freudianos no hay posibilidad de una subjetividad si algo no se recorta, se delimita como radicalmente ajeno.

En el origen del yo freudiano hay sustracción, hay producción de ajenidad (no-yo) necesaria al yo placer, pero esa expulsión primera no es sin resto: lo hostil al yo que debe ser rechazado. La incorporación es entonces la posibilidad de producción de una alteridad. En este sentido podríamos pensar que

lo anterior, si es que tal instancia existente es una indiferenciación inicial, no hay allí subjetividad que introyecte, tal como retoma Lacan esta cuestión en “El Seminario 12. Problemas cruciales del psicoanálisis”:

“Se trata de incorporación y nada indica que sea lo que sea aquí se trate de poner en el activo de una subjetividad... La incorporación reside en que nadie está allí para saber que ella se produce” (Lacan, 1965, p. 86).

Retomando las postulaciones de Freud, leemos que la incorporación es la operación específica de la identificación primordial al padre y el carácter enigmático de esta identificación va a remitirnos al mito de la horda primitiva. Qué se consume allí: la fuerza del padre primordial, en el mismo momento en el que se destruye esa fuerza con su asesinato. Freud acentúa a lo largo de *Tótem y tabú*, insistentemente, la ambivalencia puesta en juego en la relación al padre. Lo que los hijos incorporan deben a su vez eliminarlo, destruirlo, para que esta incorporación sea posible. La negatividad, que también será teorizada por Freud como la destructividad inherente al accionar de la pulsión de muerte, está en el origen y su rastro es la ambivalencia del complejo paterno.

“Y ahora en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza” (Freud, 1913, p. 144).

Entonces, lo que se devora, lo que se elimina con esa incorporación es el padre primordial, padre omnipotente e idealizado, el que tenía acceso a todas

las mujeres, el padre violento que expulsa a los varones cuando crecen. Ese padre es el que se elimina, y en su asesinato y posterior manducación se lo constituye como mítico. La incorporación como búsqueda de identidad produce la mayor alteridad, casi como una condición necesaria de lo originario.

Desde esa perspectiva entendemos a Freud en *El yo y el ello*, cuando ubica la génesis del Ideal del yo en la identificación primaria al padre de la prehistoria personal. La génesis del Ideal, es esa exterioridad necesaria para el origen del yo freudiano, o más bien la condición del Ideal es la constitución de una exterioridad. Aquello de lo que se apropia en la incorporación es ajeno al yo, punto de inicio de la producción de un vacío.

En este texto Freud utiliza el término Ideal del yo para designar tanto al Ideal del yo como al superyó.

Ambas instancias o como él las llama *diferenciaciones* -marcas de exterioridad- en el interior del yo, requieren de esta instauración de una exterioridad interna, pero su estatuto se diferencia. El Ideal del yo nos remite al narcisismo y a la posibilidad de conformación de la imagen especular, mientras que el superyó nos remite a la voz, a la incorporación de la voz del Otro. La articulación de ambas instancias está en esas dos frases que indican la “doble faz” del Ideal del yo. El Ideal se yergue ante el yo como inalcanzable y plantea una tensión indisoluble cuyo fenómeno más evidente es la crítica del superyó.

Pero al hablar de incorporación de la voz del Otro, ¿qué es lo que se incorpora, o de qué dimensión estamos hablando al decir voz del Otro? ¿Qué estatuto de la voz se pone en juego

cuando nos referimos al superyó?

En el capítulo “Los vasallajes del yo”, Freud explica la particular posición del superyó respecto del yo, adjudicándolo al hecho de que su conformación no es de una sola vez, se produce en al menos dos tiempos. Lo ordena de este modo, un primer momento de la identificación inicial, allí donde todavía no hay un yo constituido, dice “el yo era todavía endeble” y un segundo tiempo donde ya es herencia del complejo de Edipo, es decir que ya está en juego la identificación secundaria, como identificación a un rasgo del objeto de amor perdido. El superyó se exterioriza esencialmente como crítica, de allí su dimensión, su estatuto de voz o de voces.

En este mismo capítulo, vincula la faz inconsciente del superyó, más precisamente su conexión con el ello, con el carácter particular que toman las representaciones palabra, lo oído, en la constitución de la instancia crítica:

“Ahora bien teniendo en vista la significatividad que atribuimos a los restos preconcientes de palabra en el yo, surge una pregunta: el superyó, toda vez que es inconsciente, ¿consiste en tales representaciones palabra, o en qué otra cosa? La respuesta es que el superyó no puede desmentir que proviene también de lo oído, es sin duda una parte del yo, y permanece accesible a la conciencia desde esas representaciones- palabra (conceptos, abstracciones) pero la energía de investidura no les es aportada a estos contenidos del superyó por la percepción auditiva, la instrucción, la lectura sino que la aportan las fuentes del ello” (Freud, 1923, p. 53).

Se trata de lo oído pero es *otra cosa*, que las representaciones palabras, y este carácter de *otra cosa*, es otorgado por su investidura que remite a la conexión con el ello. Freud precisa aquí metapsicológicamente el fenómeno de la conciencia moral, que había situado en “Introducción del narcisismo”, como una instancia particular que mide la distancia entre el yo y el Ideal y que se presentaba en última instancia, como voces. Es importante destacar la heterogeneidad que establece entre *lo oído* que es constitutivo del superyó y las representaciones palabra. Heterogeneidad otorgada por la investidura, es decir por el modo en que eso se inscribe. Heterogeneidad que no se borra, que es condición de la repetición, del intento de ligar en el plano de la representación, la alteridad de lo oído.

La introyección de la figura paterna, y la constitución del superyó como efecto de esta introyección produce una desmezcla de pulsiones.

“Sería de esta desmezcla de donde el ideal (superyó) extrae todo el sesgo duro y cruel del imperioso deber ser” (Freud, 1923, p. 55).

Es necesario detenernos en esta articulación que produce Freud entre desmezcla de pulsiones, ya la libido no puede producir plenamente el efecto unificador propio del narcisismo y la incorporación de las voces, de los sonidos, como soportes de futura significación en la figura del superyó. Utilizamos con cierta imprecisión el término figura, porque se trataría más bien de cierto fenómeno, desmezcla de pulsiones, incorporación de la voz resultante de la represión inherente a la salida

del Edipo, Freud dice “fenómenos de la conciencia moral”.

Pero es aquí donde Freud ubica la desmezcla pulsional, lo no ligado por Eros, lo que no se representa como destrucción dirigida a un afuera del cuerpo. *La desmezcla pulsional es ese punto de fijación en el cuerpo de lo no representable.*

Es interesante hacer aquí una breve digresión trayendo una cita de Lacan en la “Introducción al comentario de Jean Hyppolite...”, donde articula la negatividad originaria que Freud atribuye a Thanatos, como negatividad propia de la entrada en el lenguaje, lo que el lenguaje deja afuera del ser.

“Así la muerte nos aporta la cuestión de lo que niega el discurso, pero también la de saber si es ella la que introduce la negación en el discurso. Pues la negatividad en el discurso, en cuanto que hace ser en él lo que no es, nos remite a la cuestión de saber lo que el no-ser, que se manifiesta en el orden simbólico, debe a la realidad de la muerte”.

En la lectura de Lacan se dialectiza la oposición que Freud planteaba entre Eros y pulsión de muerte, articulándola en un movimiento de subjetivación, que anida en la noción freudiana de intrincación, mezcla y desmezcla pulsional. Entonces podemos situar de otro modo una articulación freudiana en relación a la incorporación, y es la producción de la desmezcla pulsional, es decir como la imposibilidad de la unificación como aspiración del Eros. Esto se anticipa en ese primer momento de producción de una exterioridad, el no-yo, y se fija como residuo del Edipo, en la constitución fantasmática, ya ahí co-

mo un borde recortado desde la significación singular que se haya tramado en ese recorrido.

La incorporación y los objetos pulsionales, la ajenidad en lo íntimo.

Para ampliar la dirección que toma nuestra lectura del concepto de incorporación recurrimos a Lacan en *El Seminario 10. La angustia*, cuando al teorizar la constitución del objeto voz, indica con precisión esta noción freudiana de incorporación:

“Una voz no se asimila, pero se incorpora y esto es lo que puede darle una función al modelar nuestro vacío” (Lacan, 1963, p. 51).⁴

La incorporación no es asimilación sino más bien la condición de posibilidad para la producción de un vacío. Del vacío del que se trata es el vacío del Otro. Lacan toma la cuestión fisiológica del funcionamiento del oído para pensar la operación de la creación de un vacío del lado del sujeto. Para que exista resonancia debe haber como aparato resonador un tubo vacío que presente ciertas características, lo que resuena es eso que se constituye como aparato, es decir como vacío. Dice Lacan:

“La evocación está destinada, sin embargo a actualizar el hecho de que en la forma, en la forma orgánica, hay algo que nos parece emparentado con esos datos primarios, topológicos, transespaciales, que nos hicieron interesarnos muy especialmente por la forma más elemental de la constitución creada y creadora de un vacío...” (Lacan, 1963, p. 50).

Este vacío se modela siguiendo la metáfora de la dafnia, por la incorporación, no la asimilación de la voz del Otro, en su dimensión de mandato, de llamado al sujeto a responder.

Para que algo resuene debe establecerse un tubo, un conducto vacío. Lo inaudito también puede entenderse como lo imposible de escuchar. Modulación que recubre-descubre, el punto inabordable para el sujeto del deseo del Otro. El vacío del Otro como tal, el *ex nihilo*, permite la resonancia, es decir la constitución de la voz como objeto separado, que separa, divide el cuerpo. Entonces por la vía de la constitución del superyó como incorporación de la voz del Otro, podemos arribar a este otro sesgo de la noción de incorporación, como producción de un vacío del lado del sujeto, en el que “resuena”, ese punto de pura alteridad del campo del Otro. Incorporación como creación de un vacío, anterior lógicamente a la posibilidad de producción de sentido. Voz y mirada, objetos que se desprenden del Otro, constituyendo el cuerpo, delimitando bordes, aberturas.

Pensando la identificación primordial como origen del Ideal del Yo, la función del Ideal del Yo en el estadio del espejo, es la de ese ojo que figura Lacan en su esquema del florero invertido, *punto de vista que me permite verme, pero que no veo*. Entonces, el Ideal del Yo como diferenciación interna del yo, como aquella instancia que en términos freudianos es interior y externa al yo al mismo tiempo, o podríamos decir que permite que el yo se defina como tal.

Lacan (1961) en *El Seminario 8. La transferencia* define la función del Ideal del yo por lo que él designa como

la introyección de la mirada del Otro, mirada que permite al yo, *moi*, punto de referencia necesaria, constituirse, en la identificación con el pequeño otro del espejo, posibilita la configuración del yo ideal, como el *moi* deseado. ¿Cómo se interioriza la mirada del Otro? Lacan retoma la expresión de Freud: *ein einziger Zug*, un rasgo único, dándole en este seminario el carácter de un signo. Ese rasgo único que el sujeto incorpora es la marca de la incorporación de la mirada del Otro y es lo que permite la alteridad y la identificación a la imagen de sí. Entonces, el trazo único, el rasgo operaría como signo de amor del Otro y a partir de su “regulación” en el juego del espejo, como soporte de la diferencia, como intervalo, como marca de la alteridad respecto a esa imagen que lo hace “amable” para el Otro.

Este es el sentido que dará después en “El Seminario 9. La Identificación” a la función del rasgo unario, como soporte de la alteridad. Término simbólico primordial que será la referencia necesaria de toda posible satisfacción narcisista, tal como sucede en el amor. El Ideal del Yo en un segundo tiempo, será la referencia necesaria para toda elección amorosa, será el que oriente la relación con el otro.

Es necesario aclarar que Lacan en “El Seminario 9. La Identificación”, en la construcción que va realizando de la noción de rasgo unario, interpela la noción de unidad desde el sesgo unificante, al ubicar la función del rasgo unario como la de una unidad diferenciadora. Su valor de unidad va a estar dado por el carácter de diferencia absoluta, “diferencia ajena a toda comparación posible”⁵. Lacan va a homo-

logar aquí esta “pequeña diferencia” con la función del Ideal del yo de ubicar el punto de vista en la imagen especular.

Doble función del Ideal, sostener la perspectiva que posibilita la aspiración a la unidad en el registro imaginario y en su función de rasgo como diferencia absoluta, sustraer a esa imagen la completud de la unificación.

Esta doble función del Ideal del Yo es análoga a lo que Lacan describe como el modo paradójico en que se presenta la función diferenciadora del rasgo unario, en tanto marca de la diferencia pura que posibilita la identificación: *yo soy ése*. A su vez lo concibe tomando como referencia la identificación secundaria en Freud como identificación al rasgo, en tanto rasgo parcial del objeto perdido.

La noción del rasgo unario en Lacan en cierta medida desarmaría una progresión lineal en la categorización freudiana de identificación primaria e identificación secundaria, articulándolas estructuralmente por la función del rasgo como soporte de la diferencia. El momento primordial de la incorporación no se cuenta como tal, si no es *a posteriori*, en los efectos del significante, en la no identidad de la repetición.

Lo inaudible de la voz

Si lo que se pone en juego en la voz del Otro es la donación de un vacío, nos interesa pensar esta cuestión en función de la relación fundante y excluyente al mismo tiempo, del ser y el lenguaje, que se instaura en la incorporación.

Para ello tomaremos parcialmente los desarrollos de Giorgio Agamben (1982) sobre la cuestión de la Voz en el pen-

samiento occidental y su función de articular la relación entre el lenguaje y la muerte. ¿Qué es lo que designa como voz?

Para Agamben, la voz en la metafísica occidental es producto de una doble negatividad. Todo *shifter* tiene la estructura de una voz. Pero la voz que está aquí presupuesta, es definida a través de una doble negatividad: por una parte está supuesta como voz quitada, como ser sido de la voz natural, animal, y este quitarse es la articulación en la que se cumple el paso del viviente al lenguaje. La voz animal entendida como voz no separada del cuerpo. Esta voz animal está perdida para el hombre. Por otra parte la voz, no puede ser dicha por el discurso del cual muestra su tener-lugar originario. Entonces esta voz, se ubica como pura indicación, de que el lenguaje tiene lugar y como pura intención de significado. El estatuto de la voz la remite a la voz como mero sonido del aparato fonador, en un sentido negativo, es esta voz, como voz animal la que debe quitarse para que el discurso signifiante tenga lugar.

Para que pueda haber una indicación de un “querer decir”. El lenguaje es y no es la voz del hombre. El hombre es aquel que se quita y a su vez se conserva en el lenguaje, pero se conserva como indecible. Es porque hay un querer decir que nunca puede ser dicho plenamente en el lenguaje, que es pensable el *shifter* y la enunciación. Es el modo humano de haber el lenguaje. Éste es el sentido en que Agamben retoma la noción de voz como articulación originaria del lenguaje, pensada como doble negatividad o negatividad pura.

Decir sí al lenguaje es incorporar por medio de la voz, la muerte como inherente al estar en el lenguaje. Incorpora la negatividad propia del estar del hombre en el lenguaje.

“Consentir el lenguaje significa hacer de tal modo que, en la experiencia abismal del tener-lugar del lenguaje, en el quitarse de la voz, se abra al hombre otra voz, y con esta, la dimensión del ser y a la vez el riesgo mortal de la nada” (Agamben, 1982, p. 139).

En el decir sí al lenguaje el ser humano “adquiere” de algún modo esa relación con la muerte, que la hace pensable pero sin posibilidad de experiencia. O más bien, se establece la posibilidad del pensamiento de lo impensable. Así como no hay experiencia de la muerte no hay experiencia de la voz, pero esa no experiencia, funda el pensamiento.

Podemos leer un paralelo entre esta noción de voz inaudible y la argumentación de Agamben sobre la relación entre lenguaje y experiencia, como una relación de exclusión radical, y necesaria, ubicando la experiencia en el lugar de la infancia anterior al habla, anterior a la adquisición “fallida” que hace el sujeto humano del lenguaje. Fallida en el sentido de que aquello de lo que se apropia lo deja en un punto de exterioridad radical e insalvable, que será a su vez el “empuje” del decir. El hombre es hombre en tanto ser hablante, y es impensable un antes del lenguaje, pero a su vez ese antes es el tiempo del origen que se constituye porque el hombre es, no siendo, en el lenguaje.

“Esta infancia como experiencia no puede ser simplemente algo que precede cronológicamente al lenguaje, y que en un momento dado deja de existir para volcarse al habla, sino que co-existe originariamente con el lenguaje, incluso se constituye ella misma mediante su expropiación efectuada por el lenguaje” (Agamben, 1978, p. 66).

La infancia es el misterio que todo hombre instituye, su singularidad. Lo compromete con la palabra, en tanto búsqueda de la voz en el lenguaje. La experiencia muda de la infancia instaura la voz inaudible, el querer decir, la enunciación como posibilidad y pérdida al mismo tiempo.

Jorge Fuckelman (2002) -cuya enseñanza nos orientó en la lectura de G. Agamben- define los agujeros que el símbolo produce en el cuerpo, como los *agujeros del cuerpo ligados a la filiación*. Estos agujeros en el cuerpo son los puntos donde se aposenta la voz inaudible, son los lugares del cuerpo donde se produce el anclaje de los puntos de fijación a la lengua, a la lengua materna. Los lugares donde el cuerpo sintiente configura la experiencia muda de la infancia, en términos de Agamben. La infancia persiste muda en el cuerpo tramado por los recorridos pulsionales y se articula en un querer decir incesante a aquellos puntos donde la lengua materna resiste, hace límite a la derivación infinita de significaciones.

Los agujeros que el símbolo, que lo no representable de la sexualidad y la muerte, producen en el cuerpo, conforman la alteridad irreductible que hace que ese cuerpo no se haga uno con

su imagen, y nos remiten a lo que Freud definió como los puntos de fijación de la pulsión.

La pérdida del laleo universal en el bebé se articula necesariamente a la constitución de la imagen especular, imagen que sólo es posible a partir de la instauración de un plano de representación. En este sentido el espejo está ubicado en un campo de sonidos, pero sonidos que ya suponen significaciones. Este campo que se va instaurando permite “metabolizar”, las marcas en el cuerpo del sujeto. Fukelman ubica estas marcas como numeración, ritmo, pero ese ritmo no se instituye como tal sino *a posteriori* del establecimiento de un campo de representación. El ritmo se instaura como anterior, en tanto lo no dicho, lo inaudible que pulsa en el cuerpo. Ritmo que resuena en el cuerpo. ¿Qué cuerpo? Cuerpo no subsumido en la imagen especular, en menos o en exceso de esa imagen en la que nos reconocemos. Esa pulsación que hace al cuerpo sintiente, que lo vuelve otro para sí.

En consonancia con estas formulaciones queremos agregar a nuestro recorrido las conceptualizaciones de Piera Aulagnier sobre el psiquismo temprano donde esta autora construye una particular concepción del modo de inscripción que ella define como “originario”. Para Aulagnier, el modo de representación de la primera “metabolización” psíquica de los estímulos originados en el cuerpo es el pictograma. El postulado que define al proceso originario es el del autoengendramiento. Esto es, la experiencia alucinatoria como intento de la psique de negar un estado de falta, desentendiéndose de algún modo de la necesidad corporal.

El llamado sólo se produce ante el fracaso, la imposibilidad de satisfacción por la vía alucinatoria. El pictograma será la representación alucinada del pecho, o más bien del encuentro pecho-boca. El desconocimiento de la necesidad indica, para esta autora la presencia inicial, de una tendencia, de la búsqueda de un estado de quietud, de una especie de estado de no deseo, o más bien a resguardo del deseo. Es interesante como esta autora elabora la noción del deseo a partir de una presencia originaria del odio, como deseo de no deseo.

Deseo de autoaniquilación de la instancia de representación, de la actividad de representación. Este odio radical y originario resultante del rechazo de lo displacentero, tendría como efecto el rechazo de actividad misma de representar. Rechazo de la vida y presencia originaria de la pulsión de muerte, como organizadora de la emergencia misma del deseo.

Si bien Aulagnier sostiene en su concepción de la dualidad pulsional, que habría una especie de representación afectiva de la pulsión de muerte, el odio; es interesante destacar que su efecto sería el de negación de la actividad de representar como actividad fundante -simbolización primordial- de la realidad psíquica.

La percepción de la voz se diferencia o más bien cobra relevancia respecto a la multiplicidad de sensaciones del *infans* en sus primeras experiencias. La voz materna, percibida como manifestación de su deseo decidirá sobre el afecto que acompañe a toda percepción:

“Lo que caracteriza a esta voz es el hecho de poder irrumpir al mismo

tiempo que se experimenta el placer de tragar, de tocar, de ver; irrumpir y reforzar el placer o a la inversa hacerlo imposible” (Aulagnier, 1975, p. 99).

Entonces el niño queda en relación a la voz materna en una posición expectante, que la jerarquiza en relación a los otros “placeres parciales”. En este sentido la voz se constituye en un primer momento, de algún modo en objeto que no puede faltar, y a su vez objeto del que no se puede huir. Los efectos de este deseo de oír originario sólo podrán comprobarse en la medida que los sonidos emitidos sean significados, puedan tomar el valor de signos del deseo del Otro, como actividad del proceso primario. Es en esta instancia segunda donde la autora ubica un deseo de aprehender esos signos de amor del Otro, aprehensión que decidirá de ahí en más el efecto de lo oído. A partir del reconocerse un “fuera de sí”, la voz puede presentarse como fenómeno persecutorio en tanto prohibición para el sujeto de separarse de ese exterior a sí, como lo que recubre el intervalo entre lo mismo y lo otro.

El momento en el que los sonidos comienzan a portar una significación supone ya un plano de representación propio del proceso primario donde los objetos de placer se ubican en un campo exterior a la psique, y cuya aparición o ausencia serán signos del deseo del Otro.

Sin embargo, la voz, sus modulaciones, eso de la voz materna que el *infans* incorpora, presenta un punto intraducible, en el sentido de la traducción de una legalidad a otra de la “Carta 52” -Aulagnier construye el concep-

to de proceso originario como anterior al proceso primario- , ya que el resto no traducible, no significable de la modulación de la voz materna, lo singular de esa voz produce el intervalo necesario, para que la pregunta por el deseo del Otro pueda ser formulada. Lo que se incorpora de la voz mantiene su alteridad irreductible respecto a lo que se dice, es decir no puede ser plenamente significado por el niño como signos de amor del Otro.

Retomando las formulaciones de Lacan en *El Seminario 10. La angustia* la voz en tanto objeto a, lo inaudible en el sonido, en la emisión vocal, es la pura alteridad del significante. La voz se desprende como objeto en este movimiento hacia el Otro, donde el eco de su vacío permite la resonancia de la pura alteridad de la voz.

Este extraño e inubicable espacio constitutivo cobra para nosotros la dimensión de extimidad, en tanto lo más propio que permanece exterior. Extimidad como la alteridad apropiada por incorporación.

La voz nos anoticia de la muerte y de la división interna del cuerpo, su extimidad como efecto del cruce entre el cuerpo y el lenguaje.

La posibilidad del ser está en el momento en el que el hombre puede decir yo, pero en ese mismo momento "se quita" para poder decirse. Asimismo sólo podemos pensar la posibilidad de un cuerpo, en tanto cuerpo erógeno, cuerpo sintiente, a partir de la incorporación de esa dimensión negativa del lenguaje.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

AGAMBEN, G. (1982), *Infancia e historia*, Hidalgo, Buenos Aires, 2001.

AGAMBEN, G. (1978), *El lenguaje y la muerte*, Editorial Pre-textos, Valencia, 2003.

CASTORIADIS-AULAGNIER, P. (1975), *La violencia de la interpretación*, Amorrortu, Buenos Aires, 1991.

FREUD, S. (1915), "Pulsiones y destinos de pulsión". En *Obras Completas*, Vol. XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, S. (1913), *Tótem y tabú*. En *Obras Completas*, Vol. XIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, S. (1925), "La negación". En *Obras Completas*, Vol. XIX, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, S. (1923), *El yo y el ello*. En *Obras Completas*, Vol. XIX, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FREUD, S. (1920), *Psicología de las masas y análisis del yo*. En *Obras Completas*, Vol. XVIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

FUKELMAN, J., "Reportaje". En *Revista Digital Fort-da* N° 5, www.fort-da.org, junio, 2002.

FUKELMAN, J., "Clases desgrabadas, 12/08/99, 20/08/99. Seminario de formación sobre diagnóstico e inicio del tratamiento, Hospital T. García", Buenos Aires.

HYPOLITE, J. (1966), "Comentario hablado sobre la *Verneinung* de Freud". En *Escritos 2* de Jaques Lacan, Siglo XXI, Buenos Aires, 1985.

LACAN, J. (1960-1961), "El Seminario 8. La transferencia". Versión completa de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

LACAN, J. (1961-1962), "El Seminario 9. La Identificación". Versión completa de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

LACAN, J. (1962-1963), "La angustia. El Seminario 10". Versión completa de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

LACAN, J. (1964-1965), "El Seminario 12. Problemas cruciales para el psicoanálisis". Versión completa de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

LACAN, J. (1978-1979), "El Seminario 26. La topología y el tiempo". Versión completa de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

LACAN, J. (1966), "Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud". En *Escritos I*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1985.

LACAN, J. 1966, "Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud". En *Escritos I*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1985.

NANCY, J. L. (1994), "Del alma". Conferencia del 8 de abril, en la Escuela Regional de Arte de Le Mans, durante un coloquio sobre "El cuerpo". En *Revista Nadja* N° 6, *El cuerpo de las pasiones*,

ediciones de las 47 picas, Rosario, marzo de 2003.

SACNÚN, A. (2007), "Clases desgrabadas sobre Identificación Primaria", publicadas en el sitio especializado de difusión: [www. campopsi.com](http://www.campopsi.com) espacio virtual, año 2007.

NOTAS

¹Clase del 28 de marzo de 1962.

²Clase del 3 de marzo de 1965.

³El juicio de existencia, como afirmación de la marca de la exterioridad que se incorpora a partir de la simbolización primordial, podría pensarse a partir de lo que Lacan va a ir formulando como función del nombre propio. Lo que se sustrae y a su vez es condición del campo de la representación.

⁴Clase del 5 de junio de 1963.

⁵Clase N° 11, de "El Seminario 9. La identificación" (1961-1962). Versión completa de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Psicoanalista. Docente de la cátedra Estructura Individual del Sujeto I de la carrera del Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Doctorando en Psicología, Facultad de Psicología de la UNR. Integrante de diversos proyectos de investigación desarrollados en la cátedra EPIS1, que indagan sobre las complejidades de los conceptos metapsicológicos y su articulación en la práctica de la enseñanza en la universidad.

El siguiente artículo se enmarca en el proyecto de Investigación: "La identificación: Indagación del concepto y sus consecuencias en la enseñanza".

E-Mail: bolis@irice-conicet.gov.ar